

UN GOBIERNO SIEMPRE EN MARCHA

El Presidente Lyndon B. Johnson:

27 de noviembre de 1963

SU PRIMER MENSAJE AL CONGRESO

Señor Presidente de la Cámara de Diputados, señor Presidente del Senado, miembros de las Cámaras, compatriotas:

Habría dado gustoso cuanto tengo para no ser quien os dirigiera hoy la palabra.

El más grande dirigente de nuestros tiempos ha caído, víctima del más vil de los hechos de la época. Hoy, John Fitzgerald Kennedy vive en las palabras y obras inmortales que nos legó. Vive en las mentes y memorias de la humanidad. Vive en los corazones de sus compatriotas.

No hay palabras lo suficientemente elocuentes para expresar el dolor de nuestro sentido de pérdida. No hay palabras lo suficientemente vigorosas para expresar nuestra determinación de continuar por la senda del impulso que él le imprimió a la patria.

El sueño de la conquista de la inmensidad del espacio sideral, el sueño de la mancomunidad a través del Atlántico así como a través del Pacífico; el sueño de un cuerpo de paz destinado a las regiones subdesarrolladas, el sueño de la educación para nuestros hijos, el sueño de trabajo para todo el que lo busque, el sueño del cuidado de nuestros ancianos, el sueño de la igualdad de derechos para todo norteamericano, sin distinciones de raza ni de color de la tez: estos y otros sueños norteamericanos se vitalizaron con su empuje y su consagración.

Ahora, las ideas y los ideales que él encarnó de modo tan noble deberán traducirse en hechos concretos.

Bajo la dirección de John F. Kennedy esta Nación ha demostrado que posee valor para buscar la paz y fortaleza para exponerse a la guerra. Hemos demostrado que somos un amigo bueno y en quien se puede confiar, de aquellos que anhelan la paz y la libertad. Hemos demostrado que también podemos ser un formidable enemigo de los que rechazan la senda de la paz y traían de imponernos o imponerles a nuestros aliados el yugo de la sumisión a la tiranía.

Esta nación mantendrá sus compromisos, desde Viet-Nam del Sur hasta Berlín Occidental. Seremos insistentes en la búsqueda de la paz, incansables en la búsqueda de puntos de concordancia, incluso con

aquellos con quienes discrepamos y generosos y leales con quienes hagan causa común con nosotros.

En una época en que no puede haber vencidos en la paz ni victoriosos en la guerra, debemos reconocer la obligación de equiparar el poderío nacional con la prudencia nacional, debemos estar preparados a un mismo tiempo para el careo de la fuerza y para la limitación de la fuerza, debemos estar listos a defender los intereses nacionales y a negociar a base del interés común. Este es el sendero por el que debemos continuar. Quienes sometan a prueba nuestro valor, lo hallarán inquebrantable y quienes busquen nuestra amistad la hallarán honorable. Demostraremos de nuevo que el fuerte puede ser justo en el empleo de la fuerza y el justo puede ser fuerte en la defensa de la justicia.

Seguiremos adelante con la lucha contra la pobreza y la desesperanza, la ignorancia y la enfermedad en otros países y en el nuestro propio.

Atenderemos a los intereses de toda la nación, no de una sección o un sector determinado, o de una colectividad determinada, sino de todos los norteamericanos. Somos los Estados Unidos, un pueblo unido, con unidad de propósitos.

La unidad norteamericana no depende de nuestra unanimidad. Entre nosotros hay diferencia, pero ahora, como en el pasado, podemos sacar fuerzas de esas diferencias, en vez de que ellas nos debiliten, sabiduría, en vez de que ellas consigan ofuscarnos. Como pueblo y como Gobierno, somos capaces de unirnos en cualquier programa juicioso, justo y constructivo.

Durante 32 años, el Capitolio Nacional ha sido mi hogar. He compartido con vosotros muchos motivos de orgullo: orgullo en la capacidad del Congreso de los Estados Unidos para actuar, para hacerle frente a cualquier crisis, para hacer que de sus diferencias surjan programas vigorosos de acción nacional.

La bala de un asesino ha hecho recaer sobre mí la enorme responsabilidad de la Presidencia. Estoy aquí hoy para deciros que necesito vuestra ayuda; que no puedo, solo, cumplir con las grandes tareas a realizar. Necesito la cooperación de todos los norteamericanos. La nación ha sufrido una conmoción profunda y en este momento decisivo, es nuestro de-

ber, el vuestro y el mío como Jefe del Gobierno de los Estados Unidos, poner a un lado toda incertidumbre y mostrar que somos capaces de actuar con resolución, que la pérdida brutal de nuestro líder no va a tener como resultado la debilidad, sino la fortaleza de la nación, que podemos y estamos dispuestos a actuar y a actuar ahora mismo.

Desde este hemisiciclo de la Cámara de Diputados, que todo el mundo sepa y que nadie lo interprete mal, que yo consagro este Gobierno a una gestión de firme apoyo a las Naciones Unidas; a la ejecución honorable y resuelta de los compromisos con nuestros aliados; al mantenimiento de un poderío militar que no sea inferior al de nadie; a la defensa de la estabilidad y la solidez del dólar; a la expansión de nuestro comercio exterior, al incremento de nuestros programas de asistencia mutua y cooperación en Asia, Africa y Latinoamérica y a la Alianza para el Progreso en este Hemisferio.

El 20 de enero de 1961, John F. Kennedy dijo a sus conciudadanos que nuestra tarea no estaría terminada "en los primeros mil días, ni en el período de existencia de este Gobierno, ni aún quizá durante nuestra vida en este planeta. Pero —añadió— comencemos".

Hoy, en este momento de nuevas resoluciones, digo a mis compatriotas: continuemos.

Esta es nuestra misión: no dudar, no defenirse, no volverse y prolongar este desgraciado momento, sino continuar en nuestro empeño, de modo que podamos cumplir el destino que nos ha señalado la Historia. Nuestras tareas más inmediatas están aquí en el Congreso.

En primer lugar, ningún discurso de recuerdo ni ningún panegírico podría ser un homenaje mejor a la memoria del Presidente Kennedy que la aprobación, en el término más breve posible, del proyecto de ley sobre derechos civiles, por el cual tanto luchó. Hemos hablado ya bastante en este país sobre la igualdad de derechos. Estamos hablando sobre el asunto desde hace 100 años o más. Por tanto, es ahora el momento de escribir el próximo capítulo, y escribirlo en los textos de la Ley.

Os insto, como lo hice en 1957 y de nuevo en 1960, a que aprobéis una Ley sobre derechos civiles, de modo que podamos marchar hacia adelante y eliminar de esta nación todo residuo de discriminación y opresión basado en la raza o el color. No podría haber un motivo mayor de prestigio para nuestra nación, aquí y en el extranjero.

Y segundo: Ningún acto de nosotros podría continuar más apropiadamente la tarea del Presidente Kennedy que la tramitación, con la mayor rapidez posible, del Proyecto de Ley sobre Reforma Tributaria, por el cual luchó también. Tal Proyecto de Ley tiene por objeto aumentar nuestro ingreso nacional, nuestras rentas fiscales y protegernos contra una recesión económica. Dicho Proyecto de Ley, si es aprobado sin demora y es un clima de ahorro y frugalidad en el Gobierno, significa mayor seguridad para

los que trabajan ahora y más empleos para los que carecen de ellos.

En conclusión, este no es un momento para demoras. Es un momento de acción, de una acción vigorosa y previsora para aprobar los Proyectos de Ley pendientes sobre educación, a fin de llevar la luz de la enseñanza a cada hogar y pueblo de Norteamérica; de una acción vigorosa y previsora para brindar oportunidades de empleo a la juventud y para aprobar el Proyecto de Ley de ayuda al exterior. En esta forma, pondremos bien en claro que no estamos abandonando nuestras responsabilidades con este Hemisferio o con el mundo, ni prescindiendo de la flexibilidad ejecutiva en la dirección de los asuntos exteriores. Por último, es el momento de una acción previsora y vigorosa para aprobar los restantes Proyectos de Ley sobre asignación de fondos.

Con este nuevo espíritu de actividad, el Congreso puede esperar la plena cooperación y apoyo del Poder Ejecutivo. Y en particular, el ahorro y frugalidad mayores. Me esforzaré porque el Gobierno obtenga servicios por valor de un dólar, en cada dólar que invierta. El Gobierno ofrecerá un ejemplo de moderación y economía. Esto no significa que no atenderemos a las necesidades sin cubrir o que no cumpliremos nuestros compromisos. Haremos ambas cosas.

Por haber prestado servicios durante largo tiempo en ambas Cámaras del Congreso, creo firmemente en la independencia e integridad del Poder Legislativo. Os prometo que respetaré siempre esta convicción. Está arraigada en la médula de mis huesos. Con la misma firmeza creo en la capacidad y la habilidad del Congreso, a pesar de las diferencias de opinión que caracterizan a nuestra Nación, para actuar, para actuar con sabiduría, vigor y rapidez cuando surja la necesidad.

La necesidad está aquí. La necesidad es ahora. Os pido vuestra ayuda.

Sé que nos reunimos con pena, pero reunámonos también con renovada abnegación y renovado vigor. Reunámonos para actuar, con tolerancia y mutua comprensión.

La muerte de John F. Kennedy ordena lo que su vida implicaba: que los Estados Unidos deben avanzar. Ha llegado la hora, para los norteamericanos de todas las razas y credos y creencias políticas, de comprenderse y respetarse los unos a los otros. Pongamos fin a la enseñanza y la predicación del odio y el mal y la violencia. Apartémonos de los fanáticos de la extrema izquierda y de la extrema derecha, de los apóstoles del rencor y la parcialidad, de aquellos que desafían la Ley, de aquellos que vierten veneno en las venas de la Nación.

Tengo la profunda esperanza de que la tragedia y tormento de estos terribles días nos aunarán en un nuevo espíritu de compañerismo, haciendo de nosotros, en nuestra tristeza, un solo pueblo. Tomemos

aquí la firme resolución de que John Fitzgerald Kennedy no vivió —ni murió— en vano. Y en este día, víspera del de Acción de Gracias, al hallarnos reunidos para pedir al Señor su bendición, unámonos recordando estas familiares y queridas palabras:

“América, América,
Que Dios vierta sobre tí su gracia
Y corone tu bondad
Con la hermandad,
de mar a mar”.

27 de noviembre de 1963

DECLARACION SOBRE LA ALIANZA

He solicitado que me acompañen aquí hoy porque es ésta, en un sentido muy especial, una reunión familiar. Porque nada tuvo mayor significado en la carrera pública del Presidente Kennedy que los vínculos existentes entre nuestros países.

Hace poco menos de tres años, aquí en la Casa Blanca, en este mismo salón, el Presidente Kennedy se reunió con ustedes, los representantes de los países latinoamericanos.

En el primer discurso de su Gobierno dedicado a las relaciones exteriores, hizo un llamado por una Alianza para el Progreso entre las Naciones de América.

Aquí, reunido con ustedes en este mismo salón, reafirmo dicha Alianza y comprometo todos los recursos de mi Gobierno al logro de nuestros objetivos comunes.

De mi propia experiencia personal sé que el futuro de este Hemisferio, las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina, deberán figurar entre los asuntos de mayor importancia de mi Gobierno.

He pasado mi vida con personas que con orgullo proclaman su origen latinoamericano. Entre las impresiones más tempranas y duraderas de mi vida recuerdo haber oído la lengua española y haber visto los ejemplos de sus ricas tradiciones culturales. Comencé mis años de servicio al Gobierno en los tiempos de Franklin D. Roosevelt. De él aprendí que nada es más importante para este país a cuya cabeza estoy ahora que sus relaciones con nuestros buenos vecinos del Sur.

En el mes de octubre de 1960, durante el curso de la campaña electoral, recordé a mis compatriotas de los Estados Unidos que “debemos apoyar, moral y financieramente, la lucha de nuestros amigos latinoamericanos contra la injusticia política, económica y social —no solo para mejorar su nivel de vida sino también para promover la democracia en todos los países—. Por consiguiente, para mí, como para el Presidente Kennedy, la Alianza para el Progreso contiene los principios básicos de la nueva sociedad que estamos construyendo. Estos principios fueron aprobados por todos nuestros países en la Carta de Punta del Este.

El primero de estos principios aprobados es el derecho de toda nación americana a gobernarse a sí

misma, libres de toda dirección o coacción de cualquier origen. Nadie de nosotros le puede decir a otro cómo organizar su sociedad o manejar sus asuntos.

El segundo de estos principios acordados es el derecho a la libertad humana —el derecho de toda persona a expresar libremente sus ideas, de adorar a Dios a su manera y de participar en la vida política de su nación—. La Historia y las circunstancias le han impuesto limitaciones a la democracia en algunas naciones. Pero nunca debemos olvidar que nuestra tarea no estará terminada hasta que todo americano viva con la dignidad de la libertad.

El tercero de estos principios aprobados es el derecho a la justicia social —el derecho de todo ciudadano a participar en el progreso de su nación—. Hemos hecho un llamado de tierra para los que no la tienen, de la educación para quienes se le ha negado y por un fin al privilegio injusto de los pocos que se mantienen a costa de las necesidades de los muchos.

El cuarto de estos principios aprobados es nuestra devoción al progreso económico. Con este fin, nos hemos abocado a un programa cooperativo en el cual las naciones de la América Latina han acordado dedicar sus recursos, contribuir sacrificios adicionales y esperar un duro trabajo. Y los Estados Unidos se han comprometido a este programa y cumplirá sus compromisos.

Nos hemos dedicado a estos principios.

Reafirmo la promesa formulada por el Presidente Kennedy la semana pasada de mejorar y fortalecer el papel de los Estados Unidos en la Alianza para el Progreso. Todos sabemos que han existido problemas en la Alianza para el Progreso. Pero los logros de los últimos tres años han comprobado la validez de estos principios. Los logros de los años venideros justificarán nuestra fé en la capacidad de los hombres libres de confrontar los nuevos retos de nuestro nuevo día.

Fué con el espíritu de los principios que hemos enunciado conjuntamente que el Presidente Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso en este salón. Inspirados por su recuerdo y con este mismo espíritu, seguiremos adelante con la tarea.

Que la Alianza sea un monumento vivo a su memoria.